



montados cada uno por tres hombres.» En vano Ramsés espera que su caballería, avisada del peligro, vaya a librarle; «los arqueros y los caballeros de Su Majestad sagrada flaquean delante del enemigo.» Faraon exclama: «¡Mis arqueros y mis caballeros me han abandonado! ¿Me negará este mi padre Ammon?... ¡Oh Ammon, padre mio, yo te he edificado templos con trozos de piedra.... he hecho traer obeliscos de Elefantina, yo soy el que trae piedras eternas.... ¡Yo te invoco, padre mio!... Estoy solo en medio de un sinnúmero de pueblos desconocidos; estoy solo delante de tí... Pero yo prefiero a Ammon a millones de arqueros, millares de caballeros y de jóvenes héroes... Las astucias de los hombres no son nada: ¡Ammon excederá sobre ellos! «Su escudero siente desfallecer su valor: mi buen señor, rey generoso, estamos solos en medio de los enemigos; detente, y salvemos el soplo de nuestras vidas.» «¡Valor, prosigue Ramsés, fortalece tu corazón! Quiere entrar en medio de ellos como el espárrago divino.» Tres veces más se lanza a través de las apiñadas filas, sembrando la muerte al rededor de él, terrible como Baal en la hora de su poder. Fra, su padre, le había auxiliado y estaba con él. Los dardos lanzados por sus dedos dispersan a los guerreros; sus millares de enemigos emprenden la huida, y sus piés no pueden detenerse en su precipitada carrera.» Cuando, en fin, los arqueros y los caballeros llegan en las últimas horas de la tarde y al rey, «atravesan toda la region por donde ellos marchaban, cubierta de cadáveres bañados en su sangre; el pié no podía encontrar lugar donde posarse; tan numerosos eran los muertos que allí había.» «De todas estas naciones, dice fieramente el rey, de todas estas naciones, Fra ha hecho la cama de nuestras yeguas.»

Después reprende vivamente a sus tropas, y «cuando la tierra fué alumbrada por los primeros rayos de la mañana, hizo volver a empezar la batalla, y se lanza al combate con soberbio ímpetu. La derrota fué inmensa; los cadáveres tendidos en el campo formaban un solo monton de sangrientos restos. El jefe de los chetas imploró el gran nombre de Su Majestad; el enemigo se rindió a discrecion, y Ram-

sés victorioso volvió a entrar en Egipto, dejando los pueblos aterrorizados por sus hazañas. Toda la tierra se había sometido a su nombre, y los príncipes se prosternaban adorando su rostro.»

Tal es, por lo ménos, la relacion que el entusiasmo de los copiantes y de los hieroglámata nos ha dejado de esta grande expedicion (1). La historia toma su base de esta poesia, sabiendo descartar la exageracion que la caracteriza. Marca los peligros, el valor y el triunfo de Ramsés; recoge tambien el testimonio de los monumentos que representan los episodios del poema, el asesinato de los chetas, las hazañas del rey, y la sumision de los vencidos (2.) Los bajo-relieves de Ibsambul, de Lucsor y del Ramesseum, hablan como canta el grámata Pen-ta-ur.

Por brillante que fuera este triunfo, dejaba lugar sin embargo al cumplimiento de los votos que el Dios protector de Ramsés dirigia a

(1) Esta relacion está tomada de un poema de *Pen-ta-ur*, uno de los brasílicogramatas, ó historiogramas oficiales de Ramsés. Se le ha encontrado en un papiro hierático de la coleccion Sallier, perteneciente al museo Británico. Este manuscrito termina por la mencion siguiente, que fija época de él (dos años despues del suceso). Este ha sido escrito el año VII (¿el 2?) del mes de Payni, bajo el reinado del sol Señor de Justicia, hijo del sol, Ramsés Meiamun, vino para los siglos y la eternidad, como su padre el sol.... (¿ofrecido?) al conservador de los libros.... hecho por el grámata Pen-ta-ur. La traduccion de este documento importante es debido al vizconde de Ruge, que la ha publicado en 1856. M. Brugsch la reprodujo completamente (*op. cit.*) Da al mismo tiempo una notable prueba de la situacion del Egipto en la época contemporánea de Moisés.

(2) Los cuadros y las inscripciones de Ibsambul y del Ramesseum representan todas estas escenas y es notable la de la confusion, por bajo de la cual está escrito: «Esto es lo que he hecho, en verdad, a la faz de mi ejército.» Los nombres de las víctimas de Ramsés son muy curiosos; nótese entre ellos los de Grabatusa, emperador ó príncipe de los chetas; Rabsunna, capitán de los arqueros; Taraquemmas, general de caballería; Chirapsar, escritor de libros, sin duda algun literato de la primitiva Asia, que se disponia a cantar los grandes hechos del príncipe de Cheta. Mazraim, hermano del príncipe, salta al río, y a la extremidad del cuadro, el príncipe de Cheta detiene su carro, se vuelve humildemente y levanta las manos para pedirle perdon (el vizconde de Ruge, *op. cit.*)



su hijo: «Sean muertos todos los bárbaros a tus plantas,» decia Fra; la ocasion no se hizo esperar.

Los chetas volvieron a levantar la cabeza, y antes de ellos, las poblaciones del país de Canaan debieron ser duramente castigadas; era necesario que el terreno estuviese casi desembarazado delante del pueblo de Israel.

Durante cuatro años Faraon hizo la guerra contra los cananeos, sometiendo pequeños reinos y tomando ciudades como Ascalon (Ascaluna), dicen las inscripciones (1); Dapur, en el país de los amorreos (Amori), y sobre todo, Salam, la antigua Salem de la Escritura, la ciudad de la paz, la cual llegó a ser más tarde Jerusalem, la ciudad santa, la ciudad real, la ciudad de David y del Calvario (2). Más tarde, y a continuacion de nuevas luchas cuyos detalles no han llegado hasta nosotros (3), en el vigésimo noveno año de su reinado, firma un tratado de paz con Chetasir, el rey, el *Haq* de los chetas (4), y se casa con su hija (5).

¿Era este el fin de las gigantescas expediciones cuya relacion de los historiadores griegos, ampliada quizá por la imaginacion, ha unido la gloria al nombre de Ramsés Sesostris? ¿No era

(1) Sobre un monumento de Karnak (Brugsch).

(2) M. Brugsch es el que hace esta indicacion, que es una confirmacion de la Biblia.

(3) A esta expedicion se refieren verosíblemente las esculturas del Ramesseum, descritas por Champollion (*carta XIV*), y en donde Faraon, despues de una gran batalla, recibe de sus oficiales la lista de los enemigos muertos, cuyas manos y piés están cortadas.

(4) El texto de este tratado está grabado en forma de estela en una pared aislada que pertenecia antiguamente al templo de Karnak. M. Brugsch da la traduccion íntegra de él (*Historia de Egipto*, página 146). El rey de los chetas es designado como el guerrero, hijo del gran rey guerrero Maursar, hijo del gran rey guerrero Sepalulu, y como sucesor de su hermano Mautnur, gran rey de los chetas. La diosa Astarot es invocada por parte de los chetas. Seria curioso indagar si la historia ó los monumentos de la Siria, de la Fenicia y de la Mesopotamia, no arrojarian alguna luz de este imperio de los chetas, sobre los reyes cuyos nombres están aquí invocados, y sobre los hechos que se refieren a sus luchas contra el Egipto.

(5) Esta princesa tomó el nombre de Ra-maa-ur, nefru, «beneficio del gran sol de justicia.» (Brugsch, *op. cit.*)

esta sino una etapa de esas conquistadoras excursiones, que por una parte se extendian hasta los confines de Europa en Tracia y entre los pueblos escitas, y por otra hasta la Cólquida, hasta la Persia y hasta la India? (1). Es muy difícil saberlo; sin embargo, hay muchas y autorizadas conjeturas sobre la existencia de Taneter, esa tierra sagrada, tan frecuentemente designada en las inscripciones del Faraon como el teatro de sus más brillantes victorias, y que debe estar más allá de la Mesopotamia, del país de Naharina, y por consiguiente estaria próxima al Golfo Pérsico y tocaria con los límites de la India.

Más cierta es la dominacion ejercida por Ramsés III en la Etiopía y en la Nubia. No es sólo Ibsambul, sino hasta Bar-Kal, los monumentos que han perpetuado el recuerdo de este poder, que ningun rey de Egipto había llevado aún tan lejos.

Era ya tiempo entonces de que Ramsés dejase la espada. Este gran conculcador de las naciones, había durante nueve años recorrido el mundo; pero no se ocupaba solamente en viajes armados y en triunfos de guerra.

Es necesario colocar aquí un episodio que se ha conservado en la memoria de los griegos. Durante su ausencia, Ramsés Sesostris había dejado en su reino, para gobernarle, a su tío, que los historiadores griegos llaman *Busiris*, y acaso a sus hermanos. Uno de ellos, *Armais* ó Danao, segun las tradiciones, seria el Danao de *Hellas*; quiso hacer perecer a su

(1) Herodoto refiere, como un se dice, es verdad que Sesostris, a la vuelta de la Tracia, dejó una colonia egipcia en la Cólquida (II, 102-6). D.odoro añade que Sesostris fué más lejos que Alejandro (I, 55). Como quiera que sea, lo que parece cierto son las relaciones con la Asiria y los monumentos erigidos en Liria, tales, por ejemplo, como el cuadro de Beirut, en el cual un rey presenta cautivos a Rmmon, y cuya inscripcion deja todavía ver el nombre de Ramsés. (Carta del R. P. Ryllo a M. Lepsius, *Bolletino de l'Institut de correspond. archeologic.*, 1837). Salvolini había creído reconocer en un bajo-relieve la expedicion que Herodoto atribuye a Sesostris contra los bactrianos. Esta expedicion fué la más difícil y la más gloriosa de Ramsés. No sería absolutamente improbable despues de la sumision de la Asiria.





hermano en medio de un festín, por medio de un vasto incendio, en Pelusa, en el momento en que el gran Sesurtasen volvía de su larga y brillante expedición; el golpe falló, y *Armsis* se embarcó. Durante este tiempo Busiris sacrificaba á todos los extranjeros que ponían sus plantas en el suelo egipcio. Se ha hecho constar la autenticidad de estos afrentosos y horribles holocaustos, motivados por el odio que los egipcios tenían á todo extranjero: el contacto, la vista de un nombre extranjero, bastaba para llegar á ser impuro y manchado. Es cierto que Ramsés mismo ofreció cautivos al gran dios Amon-Ra; en fin, es un hecho indudable que en una época más ó ménos remota, el Egipto usó de víctimas humanas (1).

Ramsés restablece el orden y la justicia. Castiga todos los crímenes: mujeres adúlteras son quemadas vivas por orden suya. De ordinario se contentaba con cortarles la nariz y las orejas; pero no era inútilmente querido de *Thmé*, la diosa de la Equidad. Sabía también que la anarquía era extraordinariamente favorecida por falta de una buena organización, y no ignoraba la confusión en que se encontraba todo el territorio. Llevó á cabo, no se sabe en qué época de su reinado, una gran reforma administrativa y territorial en Egipto.

La guerra de los hiksos lo había trastornado todo; apenas subsistían algunos límites de principados y de reinos; esto era por sí sólo bastante para dejar entre las provincias fecundos gérmenes de envidia.

Hasta esta época había tenido muchos gobiernos distintos, independientes: Sesostris, para establecer la unidad del Egipto, se afirmó como todos aquellos que han querido centralizar la administración; cambió las divisiones del país, le dividió en pequeñas partes; en lugar de estados, le dividió en distritos llamados «nomos», en número de treinta y seis. Desde aquel momento ciertamente no hubo reyes, sino un solo rey con gobernadores subalternos: estos últimos fueron más dóciles bajo el imperio.

(1) Se sabe el nombre del príncipe que abolió este bárbaro uso; poco importa que este sea *Amosis*, de la XVIII.<sup>a</sup> dinastía, ú *Amasis*, muy posterior; el hecho queda en pié para los tiempos remotos.

Las posesiones, las tierras habían pasado de mano en mano durante las fluctuaciones de la lucha; no habían sido en mucho tiempo más que campos de batalla para egipcios y árabes. Ahora podían producir y se les reclamaba sin poder extenderse. El Nilo aumentaba las dificultades. Una ley agraria no era posible sino en el Egipto; fué necesario entablar recursos para acabar las disputas y contestaciones. Tuvo lugar una nueva repartición de terrenos; los sacerdotes no olvidaron los derechos de sus templos. Por otra parte, los egipcios habían vencido con el auxilio de los dioses. Según la ley pagana, los dioses de Egipto eran los que habían vencido á los dioses extranjeros, los que tuvieron parte en el botín, prestando además honor y gloria á los guerreros: habían ido sin volver atrás hasta la Etiopía, hasta la Nubia, para volver más tarde victoriosos; sus armas salvaron la nacionalidad egipcia; se les rindieron los doce arures. El Faraon heredaba de derecho todos los dominios reales; mas se podía ser generoso en los primeros momentos del triunfo, al cual todos habían contribuido: la condición del pueblo se mejoró un poco. «El rey señaló á cada individuo una porción igual de tierra, que se obtenía en suerte con el gravámen de un cánon» (1).

Para dividir bien toda la tierra de Egipto, era necesario que además de medidas iguales procedieran de conquistas enteramente nuevas. Aunque la porción fué bastante grande para cada habitante, el pueblo permaneció tributario, colono, arrendatario: esto siempre era ménos duro que ser esclavo de la gleba.

Nada iguala al entusiasmo que excitaba Ramsés, este héroe, divinizado, por decirlo así, en vida; las fórmulas de la adulación se agotaron en su honor sobre los edificios, prodigiosos por su número y magnificencia, que su mano poderosa erigió en todas partes. Y cuando se los contempla tan majestuosos, tan imponentes en la solemnidad de sus ruinas, se halla el ánimo inclinado á suponer que las lixionjas de los egipcios están casi justificadas.

Tales son, en efecto, los templos, los bajo-

(1) Herodoto (Euterpe).



relieves, las construcciones que desafían y causan admiración; tales son, además, las obras en que la utilidad, disputa su mérito al orgulloso esplendor. Los caminos surcan el imperio y penetran hasta en el desierto, los canales fertilizan la tierra, los diques contienen los ríos, las ciudades se levantan para recibir las colonias de cautivos, ó para asegurar, como líneas de fortalezas, la obediencia de los países subyugados (1). El Faraon trasplantaba las poblaciones prisioneras, y se alaba de haber conducido el pueblo de negros á los países del norte, y los tamu (asiáticos) á Nubia (2).

¿Se quiere tener una idea del espíritu que presidía á estas grandes empresas? Escuchad: «un día que su Sagrada Majestad estaba sentado sobre el trono de oro puro guarnecido de coronas y de plumas, dando órdenes á los países de donde traía el oro,» los lamentos se suceden, los mineros de Akajtaon se presentan, «sus manos están en ademán de orar delante de su imagen, y le alaban saludando su radiante cara,» y dicen: «Tú eres como el sol, porque haces que tu corazón desee y todo lo consiga. Si tú has formado algún designio durante la noche, la tierra se ilumina apenas se ha realizado. Si tú dices al agua: sal de la montaña, el agua celestial brota según tu palabra....» (3). Sólo Dios está sentado sobre tus labios, y tus palabras se ejecutan siempre.» Pero el agua faltaba en este país de las minas. «Se muere allí de sed, añade la princesa de Etiopía, haz que el agua aparezca sobre la montaña.» Su majestad sagrada dijo entonces: «Yo, yo daré más profundidad al pozo... por la memoria de mi padre Ammon-Ra.» Y él «reunió muchas personas,» el pozo fué ahondado y se le llamó el pozo de Ramsés Meiamun (4).

Tal era, pues, Ramsés; un volumen entero

(1) Se cita en Nubia la ciudad de Pe-Ptah, la de Pe-Amen, la de Pe-Ra; las dos ciudades sobre el canal de Uadí-Tumilat, continuadas y acabadas por Ramsés III.

(2) Inscrición de Ibsambul. (Brugsch, *op. cit.*)

(3) No hay aquí más que un eco de la Biblia.

(4) Esta escena, que tan bien pinta al antiguo Egipto, está tomada de una inscripción de treinta y ocho líneas de texto jeroglífico, descubierta cerca de Dakkeh, en Nubia, descifrada por M. Birch, y citada por M. Brugsch.

no bastaría para enumerar sus obras. Limitémos á citar de él algunas que las resúmen.

Nadie penetró más allá de donde penetró Faraon; nadie extendió sus victoriosas armas tanto como Faraon; nadie como él llevó tan adelante los testimonios de piedra á los cuales confiaba el depósito de su gloria, uno de cuyos testimonios ha sido trasportado más de tres mil años despues de su muerte más allá de los mares que él apenas entrevió. Tal es el obelisco de Luqsor que se halla en Francia.

De entre todos los monumentos, cuya importancia histórica es grande, los obeliscos son especialmente las páginas de más valor para la Historia. Los reyes los colocaban delante de los templos que su reconocimiento levantaba á los dioses, y en ellos hacían escribir su nombre, sus hazañas y la fecha de la dedicación de estos edificios religiosos. El obelisco de Luqsor fué tallado por Ramsés I hácia el año 1580, en las canteras de granito rosa que se hallan cerca de Siena; este monólito, de sesenta y dos piés de altura por siete de ancho al norte, y cinco por el este y oeste de la base, está cortado en forma de aguja casi regular, y ya tres de sus lados tenían una inscripción perpendicular profundamente grabada, cuando la muerte del predecesor de Ramsés el Grande interrumpió el trabajo. Ramsés le continuó y acabó, colocando su escudo y su bandera real al lado del escudo y de la bandera de su predecesor. El hizo esculpir, en su honor, nuevas inscripciones, de las cuales las más ligeras formaban dos líneas laterales sobre los tres lados del obelisco ya ocupados; las otras cubrían completamente el cuarto lado. En sus 1.600 caracteres este monumento refiere la historia de sus dos fundadores; en la parte superior se ve el globo aislado, el estandarte sagrado de los reyes; en la parte inferior los escudos reales; la relación tiene las líneas de abajo arriba, y por último, se ven las ceremonias del triunfo y de los sacrificios (1).

(1) Las inscripciones del obelisco han sido ilustradas por MM. Champollion y Salvolini. Salvolini corrigió algunos errores de M. Figeac: esta es la traducción que nosotros hemos seguido como la más exacta.





Una simple ojeada sobre los títulos principales de este obelisco, basta á dar una idea de la gloria atribuida al gran conquistador, á aquel que en el templo mismo de Luqsor es llamado: «El Dios bondadoso que ha destruido nueve pueblos, que ha dado muerte á diez mil en un momento, que ha reducido á la nada los pueblos bañados en su sangre, sin que ningun otro fuera como él.»

Pero Luqsor no es nada aún al lado de Tebas. La ciudad de los cien templos y de las cien puertas llegó á ser el centro de todo. Estaba en su período de gloria: las construcciones de Ramsés II estaban acabadas; los templos de Karnac, de Esné y de Luqsor estaban consagrados; en fin, se fabricaba entonces el magnífico palacio, que se ha creído sea el panteon de Osinandias, y cuyo fundador se cree fué Ramsés (1).

Sus ruinas se ven sobre las costas occidentales del Nilo, y las piedras intactas llevan hoy mismo el nombre de Faraon.

Herodoto ha descrito este edificio: «A la entrada habia un pilon de granito, que tenia dos pletras, ó doscientos piés de largo, y cuarenta y cinco codos de alto. Despues se hallaba un peristilo cuadrado, de cuatrocientos piés. Estaba sostenido, no por dos columnas, sino por dos

(1) Salvolini ha demostrado que Osinandias y Ramsés-Sesostris son un mismo personaje. Nosotros no seguiremos la opinion de M. Letronne, que cree que el panteon de Osinandias ha existido solamente en la imaginacion de los sacerdotes egipcios. Por lo demás, esta declaracion es muy notable en boca de un sábio que da tanto valor al testimonio del sacerdote Maneton para la existencia sucesiva de todas las dinastías. Era más fácil inventar listas que monumentos. Hé aquí un pasaje de la Memoria que monsieur Letronne leyó en la Academia de Ciencias en 1828: «Sospechábase con razon desde muy antiguo que los sacerdotes egipcios abusaron frecuentemente de la credulidad de los griegos; pero no se sabia que su orgullo nacional les llevara al extremo de suponer un edificio magnífico, con el fin de excitar el entusiasmo y aumentar la admiracion de los extranjeros por las riquezas y el poder del antiguo Egipto, atestiguadas por tantos y tan grandes monumentos.» No podemos creer que los egipcios inventaron un monumento, porque era muy natural que se les exigiera enseñar cuando ménos las ruinas: parece ménos difícil crear los nombres de los reyes y grandes sacerdotes.

figuras monólitas, de sesenta codos de altura y labradas al estilo antiguo. El techo, en una longitud de dos orgyes, era monólito. Despues del peristilo se veia otra entrada y un segundo pilon semejante al anterior, pero decorado de esculturas más cuidadas; allí se habian colocado tres estátuas talladas en un solo pedazo de piedra de Siena. Despues del pilon venia otro peristilo más notable todavía que el primero, donde estaban esculpidas las guerras y las victorias del rey sobre los bactrianos. En medio del patio se levantaba un altar. Entonces se entraba por tres puertas en un *hypertylo* lleno de figuras, de emblemas é inscripciones. Despues se entraba en los departamentos; en medio se encontraba el santuario.» En otro tiempo se veia además, en lo alto del sepulcro, un círculo de oro de trescientos sesenta y cinco codos de circunferencia; allí estaban señalados los trescientos sesenta y cinco dias del año, con la indicacion de los principales fenómenos atmosféricos. Este círculo fué, se dice, robado por Cambises. La exageracion domina en toda esta descripcion del Osimandias ó Ramsés; pero poco importa el nombre de este palacio, poco importa tambien que haya servido al gran Ramsés en vida ó despues de su muerte; Ramsés es siempre Sesostris, cuyo coloso del primer pilon lleva el escudo real, que él mismo hizo construir y adornar.

Administracion y justicia, gloria y magnificencia, hé aquí los verdaderos títulos que explican la admiracion y el entusiasmo de Egipto. Oigamos las alabanzas que rodean el nombre de este hijo de Ammon: «Ra, engendrado por el rey de los dioses, de este Horus, rey viviente de arriba y de abajo. Este es el más grande de los vencedores que combate con su fuerza, este es el Señor de las victorias, es el poderoso conculcador.» Este Horus formidable es tambien el rey director y moderador. «Es admirable en las grandes panegirias (asambleas civiles y religiosas); es el alma del mundo, y los jefes de la tierra están bajo sus piés. Este Osimandias, este hijo de Mandu, es semejante al Dios de quien él es hijo; ama la verdad, y es amable como Thmé, la justicia misma; por último, es bienhechor como el sol.» No olvida sus construc-



ciones: ha hecho de Tebas una ciudad resplandeciente como el firmamento. Es tambien «el más grande y el más glorioso de los reyes; su nombre es tan permanente como el cielo; la duracion de su vida es igual á la duracion del mismo disco solar; es el hijo del sol.» La adulacion egipcia no economizaba las hipérboles.

El orgullo de Faraon correspondia á estas adulaciones. ¿No es, en efecto, él quien ha hecho grabar sobre el templo de Isambul el diálogo siguiente?

El dios Ptah le dice: «Yo soy tu padre, yo te engendré en Dios... Tú eres amado como la majestad de los dioses... Yo te he dado la dignidad divina para gobernar como rey. Yo te concedo abundantes inundaciones para que colmes de riquezas á Egipto. Los granos y los frutos llenaron toda la habitacion donde tú bajas-te. Te otorgó las más excelentes mieses para abastecer las regiones en todas las estaciones... Sus almacenes se elevaron hasta el cielo, y los montones de granos fueron como montañas... Te he dado el poder y la victoria; tu espada domina sobre toda la tierra; tú subyugaste los corazones y has hecho caer á tus piés... Los príncipes te traerán sus hijos para que obedezcan tu voluntad... Tus victorias llenan el mundo; tu terror da vuelta á las montañas; los grandes tiemblan á tu voz; vengan todos á pedirte perdón á una voz; tú das la vida ó la muerte, segun te place.» Y Faraon responde sin bajar el tono: «Yo soy tu hijo, aquel que has colocado en el trono. Yo soy único Señor como tú sobre la tierra» (1). Es necesario citar estos textos para deducir de ellos de qué abismo de abyeccion y esclavitud el Dios de Israel sacó á su pueblo.

Sin embargo, el largo reinado de Ramsés debia terminar; habia durado sesenta y ocho años, si la lectura de las inscripciones es exacta y si no se han acumulado en una sola persona muchos reinados.

La Etiopia estaba vencida; ella, que debia mostrarse siempre aliada del Egipto contra el Asia, y enemiga del Egipto cuando este se concentrara en Africa, no se contaba entre los

(1) M. el vizeconde de Rouge; Discurso de apertura del curso de arqueología egipcia en el Colegio de Francia el 9 de Abril de 1860.

pueblos libres. La Libia temblaba y bajaba la cabeza. La Nubia se habia identificado de tal modo con el Egipto, que no temieron los egipcios dejarle sus jefes, honrándoles con el nombre de oficiales de Faraon. El imperio de los chetas no existia. El Asia Central estaba sometida.

El Egipto dominaba en el interior del Oriente; y allí como en todas partes, en sus expediciones, en sus conquistas revelaba el Egipto su genio. Sus marchas eran regulares, llenas de precaucion y de prevision. Cuando el Faraon somete las costas del Golfo Pérsico, una armada opera con el ejército: aquella seguirá la costa mientras que las tropas se adelantarán por tierra firme. No es extraño que el Egipto tuviera naves, pues confinaba con dos mares. La India tambien tenia marina, y los soldados de los dos países pudieron encontrarse más de una vez en las aguas del mar Eritreo.

La disciplina de las tropas era perfecta. Obedecia como un solo hombre; en el centro un cuerpo de *hoplitas*, precedido de trompetas, rodeaba un carro sobre el cual flotaba la bandera sobre la que habia una cabeza de toro: este era el estandarte real. Los cuerpos de infantería, colocados de ocho ó diez hombres en fondo, formaban una masa compacta de guerreros que mandaba el mismo rey, á pié ó sobre su carro; los flancos estaban defendidos por los carros y por la caballería, que no habian desaparecido todavía de los ejércitos egipcios. Por último, era un espectáculo sorprendente el que ofrecia el ejército, reunido en un solo grupo: al rededor de la multitud, sin orden, marchaba la caballería, la infantería y los carros, corriendo por hileras y abriendo la marcha, ó acostándose en el campo cuando hacian alto.

Cuando los egipcios hacen alto segun las órdenes de Faraon, el campo se halla al punto defendido por empalizadas, dejando una sola entrada. En el extremo opuesto al de la puerta se levanta la tienda real, cerca de la cual vela el leon domesticado del príncipe, el «leon que combate junto á él,» dicen las inscripciones. Al rededor se levantan las tiendas de los principales oficiales. Despues están simétricamente colocados los asnos, los mulos, los car-